

Putin y Trump se dirigen a Alaska

SERGEY POLETAEV :: 13/08/2025

Desde una guerra que ningún envío de armas puede revertir hasta un embargo petrolero roto, la influencia del Kremlin nunca ha parecido tan fuerte antes de la cumbre de agosto

La visita de Steve Witkoff a Moscú ha marcado un cambio notable en la retórica estadounidense. Hace solo un par de meses, en junio y julio, Trump amenazaba al Kremlin con nuevas sanciones y lanzaba ultimátums. Ahora, la agenda incluye una cumbre entre Putin y Trump prevista para el 15 de agosto seguramente en Alaska. Este giro de 180 grados ha venido acompañado de filtraciones que apuntan a posibles acuerdos y a un retorno al «deshielo» en las relaciones que vimos por última vez en primavera.

Si la reunión se celebra, el presidente ruso acudirá a ella en una posición mucho más fuerte que hace unos meses. En primavera, el impulso de Trump por un acuerdo de paz parecía un capricho personal, y el llamado «partido de la guerra» y los globalistas aún tenían cartas que jugar: el paquete de sanciones del senador ultraderechista Lindsey Graham, nuevos envíos de armas estadounidenses a Ucrania y las propuestas del presidente francés Emmanuel Macron y el primer ministro británico Keir Starmer de enviar tropas occidentales a Ucrania.

Ahora parece que es Trump quien vuelve a Vladimir Putin, impulsado por el fracaso de su embargo petrolero. Además, existe la apariencia —quizás una ilusión— de que Putin cuenta con el respaldo de un frente BRICS unido, algo a lo que han contribuido las propias acciones de Trump. Si ese frente existe realmente o puede sobrevivir durante mucho tiempo es otra cuestión. Pero en este momento, uno de los pilares fundamentales del poder de Trump parece tambalearse, si no derrumbarse por completo.

El otro pilar es la guerra en sí. En febrero y marzo, el frente se mantuvo casi estático y las fuerzas ucranianas seguían manteniendo una posición en la región rusa de Kursk. Kiev promocionaba su proyecto de «muro de drones», presentado como un escudo impenetrable contra el ejército ruso. Desde entonces, Ucrania ha sufrido una importante derrota en la zona fronteriza de Kursk, y la ofensiva de verano que siguió ha ido a favor de Moscú, de forma mucho más decisiva que en el mismo momento del año pasado. El tan publicitado «muro de drones» resultó ser de papel, menos resistente de lo prometido.

Kiev sigue aferrándose a la esperanza de mantener la línea del frente, pero apenas. Incluso los analistas occidentales más proucranianos admiten ahora, sin rodeos: «No entendemos cómo siguen aguantando». Incluso de la retórica de los halcones globalistas más feroces se desprende claramente que saben que ningún envío de armas puede revertir la tendencia en el campo de batalla; como mucho, puede ralentizarla. Por eso el «partido de la guerra» en Occidente, y la propia Kiev, han secundado de repente el llamamiento anterior de Trump a un alto el fuego.

Lo que significa que Trump ahora necesita negociar con Putin, no porque personalmente quiera la paz, sino porque la realidad del campo de batalla le empuja a ello. Nadie sabe

cuánto tiempo más podrá aguantar el ejército ucraniano. Desde el punto de vista de Trump, cuanto antes consiga cerrar algún tipo de acuerdo con Moscú, mejor. Y esa urgencia es otra ventaja para Putin. Si fracasa la segunda ronda de negociaciones, no pierde nada: el ejército ruso puede seguir avanzando hasta que se rompa el frente ucraniano, o hasta la próxima iniciativa de paz con Washington, lo que ocurra primero.

¿Tiene Moscú puntos débiles? Sí, y el mayor es la economía. Incluso sin el embargo petrolero, la subida del rublo ha abierto un agujero en el presupuesto federal: a finales de julio, el déficit ya había alcanzado los 4,9 billones de rublos (61 400 millones de dólares), 1,1 billones más que el déficit previsto para todo el año. Pero el colchón financiero de Rusia es lo suficientemente sólido como para soportar déficits como este durante años sin paralizar la economía.

Sea lo que sea lo que acuerden Putin y Trump, será tarea de Trump asegurarse de que Ucrania y Europa acepten el acuerdo. Eso no sucedió la última vez: aunque los dos líderes tenían las líneas generales de un acuerdo, los halcones europeos y Kiev lograron torpedearlo. Ahora, parece que el ucraniano Vladimir Zelensky y los «tres grandes» de Europa —Macron, Starmer y el canciller alemán Friedrich Merz— están intentando volver a hacerlo.

Aunque el ejército ucraniano esté al borde del colapso y el frente esté a punto de derrumbarse, no espere que el comandante en jefe de Ucrania, Aleksandr Syrsky, haga como el general Ludendorff y le diga a Zelensky que la guerra está perdida. Y no esperen que Zelensky actúe como el káiser Guillermo y asuma la responsabilidad de la rendición. Es mucho más probable que, con el apoyo de Europa, luchen hasta el final, solo para culpar a Putin del desastre y entregarle a Trump su propio Afganistán personal.

Todas estas contradicciones son casi imposibles de desentrañar en una sola cumbre. Entonces, ¿cuál es el resultado más probable si se celebra la reunión entre Putin y Trump?

Probablemente un conjunto de promesas grandilocuentes, dramáticas, pero en última instancia vacías, lo justo para que Trump pueda marcar la casilla de «pacificador» en su marcador personal, y que se olvidarán con la misma rapidez.

En el mejor de los casos, podrían obtener un documento con el mismo destino del primer acuerdo de Minsk: firmado en otoño de 2014, fue seguido por otros seis meses de combates contra las guerrillas del Donbass que terminaron con la derrota de Ucrania en Debaltsevo, allanando el camino para Minsk-2, otro acuerdo tramposo que se mantuvo durante los siguientes años para permitir a Ucrania rearmarse.

rafaelpoch.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/putin-y-trump-se-dirigen-a-alaska>